



## EL PRESENTE COMO HISTORIA: CRISIS CAPITALISTA, CULTURA SOCIALISTA Y EXPANSIÓN IMPERIALISTA (II Parte)

Jose Guadalupe Gandarilla Salgado

### 2. Crisis y derrumbe del sistema.

Para alcanzar a discernir en su precisa dimensión lo mucho que está en juego en esta polémica tal vez se requiera rastrear un poco en la historia. En la visión de sus críticos, y hasta del propio Lenin, los populistas rusos «criticaban al capitalismo tomando el pasado como punto de partida»<sup>1</sup>, por el contrario, para los marxistas legales («la forma específicamente rusa del revisionismo»<sup>2</sup>) la tarea era «desarrollar el capitalismo»<sup>3</sup>. Coincidían estos últimos con el liberalismo al ver en los primeros tendencias conservadoras. En el debate entre los «narodniki» y los marxistas legales rusos, estos últimos utilizan los planteamientos sobre la re-producción del capital social (en el marco de los esquemas de la sección 3<sup>a</sup>. del Tomo II de *El Capital*), para afirmar la posibilidad e inevitabilidad del capitalismo en Rusia. El planteamiento del armonicismo económico de los

marxistas legales rusos propone, en resumen, que el problema de la realización del producto social depende, exclusivamente, de la proporcionalidad de las diversas ramas de la producción. El problema de la superproducción será a lo sumo asimilado, en los términos de la disputa subconsumista, como de orden organizativo y, en su solución se aprecia claramente, tanto una «limitación neoclásica», como una variante de la Ley de Say, que se ocultan bajo el velo de la planificación:

Si la producción social estuviese organizada planificadamente, si los dirigentes de la producción tuviesen un conocimiento completo de la demanda y el poder de trasladar libremente el trabajo y el capital de una rama de la producción a otra, entonces por muy bajo que fuese el consumo social la oferta de mercancías no podría superar la demanda.<sup>4</sup>

1 Bo Gustafsson. *Marxismo y revisionismo. La crítica bersteiniana del marxismo y sus premisas histórico-ideológicas*, Barcelona, Grijalbo, 1975, pág. 400.

2 *Ibid.* pág. 396.

3 *Ibid.* pág. 401.

**«Por medio de dichas premisas la marxista polaca va a tratar de dar la batalla en contra de la línea pro-colonialista que se está conformando, cada vez con mayor fuerza, al interior de la socialdemocracia europea»**

Harry Magdoff ha resumido, en unas cuantas líneas, el tipo de razonamiento, que en oposición a los planteamientos anteriores, era sostenido por los populistas rusos:

El crecimiento de la industria capitalista desemboca en una reducción de los mercados internos; como resultado de ello, la plusvalía no podría ser realizada a menos que los capitalistas tengan acceso a los mercados extranjeros; en vista de las constricciones a la expansión del comercio exterior que encuentra un país que llega al último, no se podía desarrollar una plena economía capitalista en Rusia<sup>5</sup>.

Las posiciones cercanas a dicha explicación, que Luxemburgo va a defender, tendrán sus consecuencias no tanto para signar su análisis de la reproducción ampliada del capitalismo como subconsumista, elemento que le sirve a Shaikh para descalificarla sin más (según hemos demostrado en el apartado anterior), sino también van a influir en su caracterización del imperialismo y de lo que ahora nos ocupa, la posibilidad de «derrumbe del capitalismo».

En el contexto del debate sostenido entre la fracción liderada por Rosa Luxemburgo (en la que se incluyen, entre otros, Karl Liebknecht, Clara Zetkin, George Lebedour, August Thalheimer, etc.) y los socialdemócratas centroeuropeos, estos últimos buscan con los señalamientos propios del marxismo legal demostrar la capacidad del capitalismo de extenderse ilimitadamente y, por ello mismo, al no estar amenazado por ningún derrumbe, dar sustento a su práctica de reformas en el marco del sistema. Y es que, en efecto, dos de los primeros 'armonicistas', Tugán Baranovski junto con Bulgákov (rivales de los populistas rusos en su querrela acerca de la posibilidad e imposibilidad del capitalismo en dicho país) influyeron no sólo sobre Lenin, como apuntamos al inicio, sino también sobre los teóricos socialdemócratas alemanes y austríacos, en especial, sobre R. Hilferding y O. Bauer (por ello, en estos dos podemos ubicar a los precursores de la corriente «neoarmonicista»).

La labor que Luxemburgo se pone a cuestras no es nada sencilla, pues su participación en dichas polémicas, en los hechos significaba nada menos que oponerse no sólo al chauvinismo masculino que priva en la socialdemocracia, sino hacerlo siendo ella una emigrada polaca, cuyos títulos académicos, además, no habían sido otorgados por una universidad alemana. Es muy significativo el ángulo desde el que ella intenta rebatir los argumentos rivales (más allá de las limitaciones que hemos señalado en el apartado anterior). En su interpretación de la lógica de la reproducción ampliada del capitalismo busca integrar en el análisis el *importante papel que desempeña el ámbito no capitalista*; por ello, va a incluir a éste como un tercer sector, para por esa vía intentar corregir los esquemas de Marx. Su insistencia en este elemento no es producto de ninguna casualidad, pues al día de hoy se sabe que durante 1905, en la ciudad de Varsovia, Luxemburgo tuvo conocimiento de viva voz por parte de Vera Zasúlich<sup>6</sup>, quizá la más eminente representante del populismo ruso, del contenido de la correspondencia que ésta mantuvo con Marx (acerca de la cuestión de la comuna rural rusa), y lo estudia en profundidad, de modo tal que va a insistir en los problemas del desarrollo de la acumulación capitalista mundial viendo éstos como el resultado de «dos tipos de reproducción complementarios: el proceso de reproducción capitalista y el proceso de re-producción no capitalista, que el primero requiere como base de sustentación».<sup>7</sup>

Por medio de dichas premisas la marxista polaca va a tratar de dar la batalla en contra de la línea pro-colonialista que se está conformando, cada vez con mayor fuerza, al interior de la socialdemocracia europea. En el Congreso de Stuttgart en 1907 el revisionista E. David llega a plantear que «sin colonias ... seríamos ...[los alemanes]... semejantes, desde el punto de vista económico, a China»<sup>8</sup>, esta opinión coincide con el punto de vista según el cual la empresa colonizadora figura como un elemento integrante del objetivo universal de civilización perseguido por el socialismo. En su expresión política estas fracciones de la

<sup>5</sup> Harry Magdoff. *Ensayos sobre el imperialismo...* Op. cit. pág. 160.

<sup>6</sup> Véase Bolívar Echeverría. *Circulación capitalista y reproducción...* Op. cit. pág. 93.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> Citado en Jacques Droz. *Historia del socialismo*. Barcelona, Ediciones de Materiales, 1968. Colección Historia Inmediata, pág. 152.

<sup>9</sup> De hecho, del resultado de las elecciones de 1907 (en la cual alcanzan 43 escaños en lugar de los 81 que tenían antes), los revisionistas alemanes coligen que dicha nación es «favorable al imperialismo y que los ataques dirigidos contra él deben cesar». Jacques Droz. *Historia del socialismo...* Op. Cit. pág. 53. El número de escaños (110) obtenidos



**«En el breve lapso de casi cuatro lustros se verifica con gran fuerza el desarrollo de los nuevos medios de comunicación, la formación de las grandes industrias junto al nacimiento de importantes cártels y trusts»**

socialdemocracia se llegaron a calificar a sí mismas como social-imperialistas<sup>9</sup>. A diferencia de los señalamientos vertidos en su Historia de la socialdemocracia, por una figura tan significativa como Franz Mehring, para quien «el revisionismo no ofrece ningún interés histórico ...[dado que]... jamás pudo enraizarse en la clase obrera, jamás tuvo la menor influencia en su movimiento»<sup>10</sup> consideramos que este quiebre histórico fue determinante en el curso que seguirá el movimiento obrero europeo hegemonizado por la socialdemocracia, tanto en el siglo XIX que terminaba, como en el siguiente, pues presenta una evidente tendencia hacia la integración del movimiento, hacia la anulación de su carácter anti-sistémico. En los congresos del partido de 1899 y 1903, así como durante el Congreso de Amsterdam de la Internacional Socialista en agosto de 1904, las condenas o el rechazo a las tesis revisionistas fueron más formales que reales, tan siguieron rigiendo los rumbos del partido socialdemócrata como «determinaron una nueva orientación del socialismo, tanto en el terreno de la lucha por reformas económico-sociales como en el de la guerra y el imperialismo»<sup>11</sup>. Juzgamos más acertada, por ello, la opinión de otro autorizado historiador marxista, quien apunta que «la socialdemocracia se había resignado a aceptar la existencia del Estado imperial y de la sociedad capitalista como una realidad inquebrantable».<sup>12</sup>

Durante los años del quiebre revisionista, fines del siglo XIX y umbrales del siglo XX (recuérdese que el libro de Eduard Bernstein «Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia» se publica en 1899, sobre la base de una reelaboración de artículos publicada por éste en 1896 bajo el título

«Problemas del socialismo») en el caso de la Europa occidental se vive un contexto en el que, como afirma Eric Hobsbawm, «ya no podía sostenerse la convicción de que el capitalismo estaba en vísperas de su hundimiento y el movimiento socialista en vísperas del triunfo revolucionario»<sup>13</sup>. Lo que ocurre en el seno del movimiento obrero y de la intelectualidad socialdemócrata puede ser explicado en menor grado por el cierre de la crisis capitalista de 1873–1896, y en mayor medida por el espejismo de la recuperación que anuncian las dos décadas de la, por algunos llamada, belle époque. En el breve lapso de casi cuatro lustros se verifica con gran fuerza el desarrollo de los nuevos medios de comunicación, la formación de las grandes industrias<sup>14</sup> junto al nacimiento de importantes cártels y trusts<sup>15</sup> que manifiestan, tanto la creciente significación de la banca y las organizaciones financieras<sup>16</sup>, como de manera más profunda la organización del gran capital a escala mundial apoyándose en los aparatos estatales, militares y burocráticos, que no dejan de alimentar los «sentimientos nacionales» de amplios sectores, involucrándolos de forma directa o indirecta en la aventura imperialista. Como resultado de la expansión colonial (en esta fase clásica del imperialismo, debemos destacar, con especial importancia, el reparto de África), el total de posesiones extranjeras por parte de las potencias europeas que en 1860 representaban un área de 4,3 millones de km<sup>2</sup> y una población de 148 millones de habitantes pasa a representar 46,4 millones de km<sup>2</sup> y una población de 568 millones de habitantes en 1914. El stock de inversiones europeas en el extranjero que en 1874 sumaba 6 500 millones de dólares aumentó hasta 44 000 millones de dólares en 1913.<sup>17</sup>

10 Citado en Gerard Sandoz. *La izquierda alemana. De Karl Marx a Willy Brandt*. Barcelona, Península, 1971, pág. 20.

11 Jacques Droz. *Historia del socialismo...* Op. Cit. pág. 46.

12 Según un pasaje de la *Historia de la república de Weimar* de Arthur Rosenberg. Citado en Gerard Sandoz. *La izquierda alemana...* Op. Cit. pág. 20.

13 Eric J. Hobsbawm «La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo. Vol. 3. El marxismo en la época de la Ila. Internacional (I)*, Barcelona, Bruguera, 1980, pág. 144.

14 «En todos los países ya conquistados por la industrialización aumentó el producto social; los países no —o escasamente— industrializados fueron incorporados al desarrollo capitalista. En el imperio alemán, por ejemplo, el valor total de la producción industrial de un año, desde la fundación del imperio hasta 1890, se había casi duplicado, para elevarse de 1890 a 1913 de nuevo en un 100%. Surgieron grandes industrias nuevas: la industria eléctrica y la química iniciaron su auge, y todos los países europeos modificaron la técnica de la producción». Abendroth, Wolfgang. *Historia social del movimiento obrero europeo*. Barcelona, Laia, 1983, pág. 66. La proporción de ocupados en grandes empresas pasó del 22% del total de la economía en 1882 al 37% en 1907. Véase Bo Gustafsson, Op. Cit. pág. 20.

15 La gran concentración empresarial hace crecer la cifra de cártels en Alemania de 14 en 1879 a 260 en 1896. Véase Bo Gustafsson. Ibid.

16 Analizados en sus pormenores en el clásico de Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, La Habana, Instituto cubano del libro, 420 pp.

**«En este curso político de los acontecimientos influyó no sólo la propensión colonialista de la socialdemocracia, también ocupó su papel el tipo de relación que Eduard Bernstein estableció con los miembros de la *Fabian Society*»**

Mientras esto ocurre, el «centro ortodoxo» (bajo la égida de Kautsky), sufre un desplazamiento como la fracción que conducía hegemónicamente a los socialdemócratas y es, finalmente, sustituido por los sectores más de derecha del revisionismo<sup>18</sup>. El colofón de este proceso y la posterior disolución de la segunda internacional está revelando dos hechos significativos: a) la socialdemocracia alemana, a causa de su crecimiento (que en números se aprecia en el aumento de su tope electoral que pasa de un 19.7% en 1890 a un 34.8% en 1912<sup>19</sup>) y su inserción social, se había convertido en una fuerza fundamental para el funcionamiento del Estado; b) la clase obrera estaba en tránsito hacia su integración dentro de la nación alemana.<sup>20</sup> Estos hechos y su posterior desenlace colocan al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en camino de encontrar su lugar, según afirma el propio Max Weber, entre las demás «instituciones imperiales»<sup>21</sup>. Las votaciones que en el interior del SPD ocurrieron en septiembre de 1913 (en el Congreso de Jena) garantizando el apoyo a los créditos militares (dando al traste, definitivamente, con las posiciones pacifistas e internacionalistas<sup>22</sup>) e involucrándolo de lleno en la «Gran Guerra» prefiguran de hecho la disolución de la Segunda Internacional que ocurre en agosto de 1914 y el distanciamiento, que para 1917 era ya definitivo, con respecto al movimiento conducido por Lenin.

En este curso político de los acontecimientos influyó no sólo la propensión colonialista de la socialdemocracia, también ocupó su papel el tipo de relación que Eduard Bernstein estableció

con los miembros de la *Fabian Society*,<sup>23</sup> durante su exilio que se prolongó desde 1880 hasta 1901 en Inglaterra. De esto último se desprende su creencia, por un lado, en la existencia de una fracción de la burguesía liberal (partidaria de una democracia industrial y reformas progresivas) con la cual el proletariado podía contar en su lucha por alcanzar su emancipación y, por el otro, su visión del socialismo como una «culminación del liberalismo», figurando el primero como el «heredero legítimo» de este último<sup>24</sup> (de ahí su pelea por encauzar a la socialdemocracia «a aparecer como lo que es en realidad, el partido democrático, socialista, de la reforma»<sup>25</sup>, que podía acceder al poder por la vía legal o electoral). No menos importante que los factores anteriores es la circunstancia de que la socialdemocracia alemana había sido ya de por sí colonizada en su interior por los planteamientos marginalistas — neoclásicos. Al caracterizar al capitalismo como no amenazado «por el derrumbe» los distintos revisionismos comienzan a orientarse por motivos ideales más que por razones materiales que residen en el propio proceso de re-producción del capitalismo: luchan políticamente —electoralmente— por justicia e igualdad. Por tales motivos, en voz de Bernstein, el revisionismo buscaba justificar su práctica reformista a la luz de afirmar la nula existencia no sólo de las previsiones económicas de Marx<sup>26</sup>, en cuanto a la «ley del empobrecimiento» y las tendencias a la crisis del capitalismo sino que, adicionalmente, sustentaba esto tanto por la no confirmación de los principios de la ley del valor (explicada en términos objetivos a través del proceso de trabajo) como por su adhesión a la teoría subjetiva de los precios. No por

18 El propio crecimiento del funcionariado al interior del Partido Socialdemócrata Alemán le otorga una inmejorable base para el lanzamiento del revisionismo en su interior, y para el fortalecimiento de las tendencias al posibilismo conforme más avanza su institucionalización. Véase, Bo Gustafsson, *Op. Cit.*

19 Los datos provienen de Sassoon, Donald. *Cien años de socialismo*, Op. Cit., 35, Tabla 1.1.

20 Véase Paramio, Ludolfo. *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, Madrid, Siglo XXI, Capítulo 4.

21 Citado en Bo Gustafsson, *Op.Cit.*

22 Los socialdemócratas alemanes votaron finalmente los impuestos para sufragar la guerra del Káiser, por 64 de sus 78 parlamentarios, el 3 de agosto de 1914. Una situación similar ocurrió también con el socialismo francés, por el lado de sus dos figuras más importantes Jules Guesde y Jean Jaurès, quienes al apoyar la guerra, también pasan a formar parte del gobierno. Fue el mismo caso de las fracciones socialistas mayoritarias de Austria, Checoslovaquia y Hungría, y de la mayoría del Laborismo en Gran Bretaña. Aquellos partidos que no siguieron la línea patriótica, y cuyos países se mantuvieron neutrales fueron, sin embargo, cautos en condenar el conflicto bélico y; esto en general, flaquearon de su inicial pacifismo. Los únicos que se mantuvieron consecuentes en su oposición a la guerra fueron los socialistas Rusos. En el caso de aquellos que mantuvieron una férrea oposición minoritaria en sus partidos, fueron acallados y combatidos hasta su disolución o franco asesinato, como fue el caso de la Comuna de Berlín. Véase Sassoon, Donald, *Cien años de socialismo... Op. cit.* pág. 44 y supra.

23 «Fundada en 1884, era una organización intelectual de clase media que se inspiró ante todo en la tradición utilitaria británica, nunca fue marxista y se opuso a la formación de un partido socialista independiente ... se alineaba con aquellos socialistas que estaban dispuestos a apoyar reformas «burguesas» progresistas». Sassoon, Donald. *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, pág. 40.

24 Véase Jacques Droz. *Historia del socialismo... Op. Cit.* pág. 47 — 48.

25 Monty Johnstone. «Bernstein, Eduard» en *Diccionario del pensamiento marxista*, T. B. Bottomore, et. al. Madrid, Taurus, 1984, p. 69.



**« En la segunda mitad del siglo XIX se registró el hecho de una coincidencia en el tiempo entre la irradiación del marxismo en el movimiento obrero y diversas agrupaciones políticas y la conformación de las ciencias sociales »**

casualidad, esta línea de explicación marginalista desde la escuela Austriaca de Economía (en dos de sus fundadores, Carl Menger y Eugen von Böhm-Bawerk), a través del desplazamiento de los problemas económicos del valor hacia los precios, inaugura una auténtica ruptura en la tradición clásica de la economía política.

La penetración que el marginalismo neoclásico había alcanzando en el seno de la socialdemocracia centroeuropea (no en cualquiera de sus miembros, sino en Eduard Bernstein, quien fuera el albacea de Engels, y que junto a Kautsky figurarán como los depositarios de los manuscritos que Marx legó a su más estrecho colaborador, y de los cuales resultará la publicación posterior de las llamadas *Teorías sobre la plusvalía*) está en la base de la primera ruptura política importante en las filas del marxismo, operada en el contexto del debate sobre el *revisiónismo histórico*; pero no se limita a ello.<sup>27</sup> También influye dicho marginalismo (aunque en esta ocasión enmarcado en el movimiento más amplio de la gran cultura vienesa de inicios del siglo XX) en las convicciones políticas (que se pretendían teóricamente fundamentadas) que por parte del austromarxismo son esgrimidas, una vez comenzada la guerra y durante la fase de edificación de la efímera República de Weimar, para combatir a las fracciones del espartaquismo ultraizquierdista (no sólo en cuanto a la viabilidad de la revolución alemana, sino en cuanto al tema que nos ocupa, la cuestión del derrumbe del capitalismo).

En la segunda mitad del siglo XIX se registró el hecho de una coincidencia en el tiempo entre la irradiación del marxismo en el movimiento obrero y diversas agrupaciones políticas, de un lado, y la conformación de las ciencias sociales, del otro. En perspectiva amplia, este proceso puede ser visto, si nos situamos en lo que Eric Hobsbawm identifica como «la presencia del marxismo en la cultura general de las clases cultas»<sup>28</sup> europeas, una de cuyas mejores pruebas, señala el historiador inglés, lo constituye la «tendencia a la recíproca penetración de ideas marxistas y no marxistas».<sup>29</sup> Esto ocurre especialmente en el mundo de la gran cultura vienesa de comienzos del siglo XX (son los tiempos de los Adler, Freud, Schumpeter, el Círculo de Viena, etc.). De ahí que, en opinión de Giacomo Marramao, el austromarxismo muestra como ningún otro proyecto «los contactos entre el marxismo y la gran cultura europea»<sup>30</sup>. Pero de igual rango de importancia que lo anterior es la mediatización del marxismo por las nascentes ciencias sociales (a través de su incorporación a éstas), en el marco de una disputa no sólo cultural, sino que amenaza el propio mantenimiento del orden social. En momentos en los que el liberalismo burgués comienza a hacer agua (y que a final de cuentas darán por resultado, luego de unas cuantas décadas, la preparación del caldo de cultivo en el que fermenta la propia ideología nazi-fascista), muchos intelectuales próximos a dicho proyecto comienzan a alejarse del mismo y se acercan y asumen posiciones coincidentes con la socialdemocracia. Esta última

20

27 En medio de esta peculiar relación entre austromarginalismo y austromarxismo (recuérdese que tanto Hilferding como Bauer fueron alumnos ellos mismos de Böhm – Bawerk) encuentra base de sustentación el cúmulo de publicaciones que van a insistir en el asunto de la transformación de los valores en precios y en las supuestas aporías de la construcción científica de Marx (en los términos de la ciencia normal). Imputaciones que, justamente, se inician con el texto de Böhm-Bawerk «La conclusión del sistema marxista» (edición original: *Karl Marx and the Close of His System*. Translated by Alice McDonald. London: T. Fisher Unwin, 1898), al que el primero en responder es Rudolf Hilferding con su ensayo «Böhm-Bawerks Marx Kritik» publicado en los *Marx Studien* en 1904 (hay edición en castellano en *Economía burguesa y economía marxista*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1974). Es éste otro gran espacio de confrontación en el terreno de la economía (similar en importancia al ya reseñado de los esquemas), que ha servido para que algunos afirmen la existencia de una teoría económica marxista, reduciendo con ello los alcances del proyecto de la Crítica de la economía política, ciñéndolos a las temáticas que están al uso de la disciplina económica en su propósito de alcanzar los criterios de demarcación de las ciencias duras.

28 Eric J. Hobsbawm «La cultura europea y el marxismo...» *Op. Cit.* pág. 123.

29 *Ibid.*

30 Giacomo Marramao, «Entre el bolchevismo y la socialdemocracia: Otto bauer y la cultura política del austromarxismo» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo. Vol. 7. La época de la III Internacional (I)*, Barcelona, Bruguera, 1980, pág. 358. Esto sucede, en parte, gracias a que, a diferencia de lo que ocurre en Alemania, los intelectuales cercanos al marxismo no son expulsados de las universidades, y se pueden embarcar en proyectos cuyo orden de importancia es similar a aquellos que se enmarcan en la propia construcción de las disciplinas histórico-sociales académicas: tal es el caso, por citar un ejemplo, del instrumento de política cultural que desde su cátedra vienesa Carl Grünberg crea en 1910, el *Archiv für die Geschichte des Sozialismus un der Arbeitbewegung* (Archivo para la historia del socialismo y el movimiento obrero), digno correlato del *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (Archivo de ciencia social y de política social), que en Alemania dirigía Max Weber. Grünberg como se sabe pasará a dirigir en 1923 el *Institut für Sozialforschung* (Instituto de Investigación Social) de Fracfort, el mismo que verá nacer a la Teoría Crítica.

### «Para poder visualizar los alcances de tal polémica, tal vez sea útil como sugiere Marramao superar «la mistificadora alternativa entre <<reforma>> y <<revolución>>»

llega a madurar como toda una institución para la regulación y la mediatización de las fuerzas anti-sistémicas, en la medida en que, como afirma Marramao, «probó su capacidad de afrontar ... los problemas no resueltos, o incluso multiplicados y agudizados tras el fracaso de la tentativa liberal».<sup>31</sup>

El marco en el que se desarrollará el debate en el seno del austromarxismo y el que desde esta corriente (en cuyo interior se encuentran los mayores teóricos de la socialdemocracia centroeuropea) se emprende en polémica con la fracción que lidera la marxista polaca Rosa Luxemburgo, acerca de la caracterización del futuro del capitalismo y su posible resquebrajamiento, es sustancialmente diferente al que vio florecer las diferentes posturas que confluyen en el revisionismo. Isaac Deutscher (1907–1967), polaco él también, expulsado del Partido Comunista de dicho país en 1933 por «sobrestimar el peligro nazi», y a la sazón biógrafo de Trotsky, ilumina acerca de este cambio de circunstancias y contribuye a la comprensión del distinto horizonte de visibilidad desde el cual se coloca aquella en su alegato contra el ala reformista de la socialdemocracia. Afirma Deutscher:

Para nosotros, la predicción marxista del hundimiento del capitalismo no era una visión apocalíptica relacionada sólo remotamente con las realidades de nuestra vida cotidiana. El antiguo orden social se estaba derrumbando ante nuestros propios ojos. Tal era el hecho sobrecogedor de nuestra existencia. No podíamos escapar a él. Continuamente estuvo agitando mi infancia y mi adolescencia. Yo crecí en Cracovia y en una pequeña población situada a mitad de camino entre Cracovia y Auschwitz, metida como una cuña en un cabo de tierra entre las fronteras de los tres imperios. A los diez y once años vi caer las dinastías de los Romanov, Habsburgo y Hohenzollern. De la noche a la mañana se desvanecieron potencias, santidades y fetiches antiguos que habían empavorecido a nuestro pueblo durante muchas generaciones. Sentimos el hálito de la revolución rusa.

Y después, al otro lado de la frontera, la comuna de Budapest lanzó su llamarada súbita y fue ahogada en sangre. A los trece años capté el tenso talante con que los adultos recibían las noticias del avance del Ejército Rojo sobre Varsovia. Durante años vivimos casi constantemente al borde de la guerra civil, entre inflaciones galopantes, desempleo masivo, pogromos, revoluciones fallidas y contrarrevoluciones fútiles.<sup>32</sup>

En este extenso fragmento se trasluce, de otro lado, la realidad de lo que a la vuelta de siglo aparecía como una clara situación de crisis (no sólo económica) al seno del liberalismo. Dicho proceso precipitará, finalmente, el comienzo de la mal llamada (con un fuerte sesgo eurocentrista) primera guerra mundial, el resquebrajamiento de los imperios Ruso, Alemán y Austrohúngaro, y con ello el cierre de la «*belle époque*» del capitalismo imperialista, o como prefiere denominar Polanyi, el fin de «la paz de los cien años».<sup>33</sup>

Es este y no otro el contexto histórico en el que se ubica el «debate sobre el derrumbe del capitalismo». Para poder visualizar los alcances de tal polémica, tal vez sea útil como sugiere Marramao superar «la mistificadora alternativa entre «reforma» y «revolución»»,<sup>34</sup> tanto más cuanto que en este tema el reparto de posiciones no divide entre reformistas y revolucionarios, haciendo confluir a los primeros en juicios armnicistas y a los segundos en argumentaciones catastrofistas. La cuestión es más compleja. Confronta de un lado a Rosa Luxemburgo quien, exceptuando a Grossmann, será la única que defienda la perspectiva del derrumbe por causas puramente económicas (he ahí parte de sus limitaciones). En tiempos de la socialdemocracia de la Segunda Internacional los que defendían dicha posición lo hacían, al revés que Rosa Luxemburgo, por la razón de que «los obreros no debían intentar ninguna acción peligrosa»<sup>35</sup>, pues la mecánica del sistema lo conducía a su fase final y, en todo caso, éste podía ser controlado por la vía de las reformas.

32 Isaac Deutscher. *El marxismo de nuestro tiempo*, México, Era, 1975, pág. 193.

33 Karl Polanyi. *La gran transformación...* *Op. cit.*, capítulo 1, págs. 49 - 66.

34 Giacomo Marramao, *Op. cit.* pág. 366. Véase también, sobre esta posibilidad, Bolívar Echeverría, «La izquierda: reforma y revolución» en *Utopías*, Núm. 6, mar.-abr. De 1990, págs. 10-14.

35 Anton Pannekoek. «La teoría del derrumbe del capitalismo» en Korsch, Karl, et. al. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Siglo XXI, 1979, pág. 79.

36 Véase Jaime Osorio. *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*. Miguel Ángel Porrúa - UAZ, 2004, págs. 65 - 68.



«El austromarxismo cobra un importante significado  
si lo decantamos desde su ángulo político»

Una reciente y muy breve recensión acerca de este tema<sup>36</sup> se ha limitado, por lo demás, en primer lugar, a reseñar la descripción que de dicho debate ofrece Lucio Colletti<sup>37</sup> para ilustrar en que consiste la autorrefutación en que termina por caer dicho autor italiano<sup>38</sup> y, en segundo lugar, a criticar un encuadramiento del problema de la crisis del capitalismo en una burda esquematización dicotómica, entre aquellos que la ven desde una perspectiva catastrofista y aquellos que la presentan como precursora en la restitución del equilibrio. En dicho apunte no se sugieren, ni siquiera de pasada, los caminos que nos permitirían transitar hacia una comprensión del problema no tan ajustada o reduccionista. Por otro lado, no se hurga, en el trabajo al que hacemos referencia (justamente por reducir el alcance del tema a su contenido analítico teórico), en los condicionamientos políticos en que ocurre tal polémica, y cómo éstos la influyen, ni en las consecuencias, tanto tácticas como estratégicas, que en las filas del movimiento obrero ocurrirán desde aquellos años. De gran utilidad será recurrir, en lugar de a apresurados resúmenes, a una perspectiva que intente problematizar o complejizar, justamente, dicha reducción dicotómica que, por otro lado, no fue sino una simplificación a términos conceptuales de la separación político-programática, estratégica, entre reforma y revolución.

Como resultado del estallido del conflicto bélico y de la crisis propiciada por el desbocamiento imperialista en la acumulación de capital, a través de la combinación del poder y la violencia resultará la conformación de sistemas de intervención estatal que influyen poderosamente no sólo las dinámicas de desarrollo del capitalismo que caracterizarán al período de entreguerras sino, quizás con consecuencias también duraderas y funestas,

la política de *aggiornamento* ideológico y práctico impulsada por los sectores que, desde supuestas posiciones de izquierda, comienzan a plantear y ensayar opciones de «Tercera Vía», que no hacen sino reeditar las tácticas posibilistas que caracterizaron al revisionismo.

El austromarxismo cobra un importante significado si lo decantamos desde su ángulo político. Otto Bauer, quizás su teórico más importante, lo define como «la corriente espiritual internacional del centro marxista; no se trata de una especialidad austríaca, sino de una tendencia ideológica en el seno de la Internacional, que tiene exponentes y seguidores en todos los partidos socialistas»<sup>39</sup>. En tal sentido figura, históricamente, como la verdadera segunda raíz junto con el revisionismo bersteiniano, de todo tercerismo en el seno del movimiento socialdemócrata y, de modo especial, de la todavía pataleante «Tercera Vía». Algunos aspectos esenciales son peculiares a la socialdemocracia austríaca, en primer lugar, una pertenencia orgánica al «centro» internacional, justo por su pretendida separación respecto de los dos frentes que se oponen entre reformistas y comunistas, y en tercer lugar, su peculiar caracterización de la Unión Soviética y el comunismo ruso<sup>40</sup>. En cada uno de los ámbitos anteriores, el austromarxismo «excluyó *a priori* cualquier posibilidad de extraer conclusiones activas y revolucionarias»<sup>41</sup>, y se inclinaba por opciones «gradualistas»<sup>42</sup>. Dicha política, no es ocultada en ningún sentido por el propio Bauer, quien afirma: «Ya antes de la guerra mundial tenía la convicción de que para nuestro partido, la premisa de la unidad y de la cohesión era seguir la vía del centro»<sup>43</sup>.

38 Osorio subraya la consideración de Colletti, acerca de la Ley del Valor en tanto principio que «explica la existencia del sistema como ... que lo niega». Jaime Osorio. *Crítica de la economía vulgar*. Op. cit. pág. 68.

39 Citado en Perez Merhav «La socialdemocracia y el austromarxismo» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo*. Vol. 7. *La época de la IIIa. Internacional (1)*, Barcelona, Bruguera, 1983, pág. 308.

40 Bauer llega a decir: «me reconozco en los puntos de vista de Mártoy y sus amigos ... el ala internacionalista de los mencheviques ha mantenido una posición intermedia justa. También allí (en Rusia) la razón está en el campo del «centro marxista»». Citado en Giacomo Marramao «Entre el bolchevismo y la socialdemocracia: Otto Bauer y la cultura política del austromarxismo» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo*. Vol. 7 Op. cit. pág. 343.

41 Perez Merhav, op. cit. pág. 323.

42 Citado en Giacomo Marramao, Op. Cit. pág. 362.

43 Citado en Perez Merhav, Op. Cit. pág. 333.

44 Lucio Colletti. *El marxismo y el 'derrumbe' del capitalismo*, Op. Cit. pág. 41.

### «Luxemburgo tendrá el mérito de conducir la discusión hacia el reconocimiento de «la eventualidad del fin del capitalismo», de apuntar al señalamiento de su historicidad»

Las posiciones que Rosa Luxemburgo sostuvo fueron «ampliamente minoritarias»<sup>44</sup>, y eran combatidas por igual por bolcheviques (Lenin), austromarxistas (Hilferding o Bauer), y comunistas de izquierda (Pannekoek), aunque desde argumentos distintos. Aunque Hilferding se aproxima a un buen punto de partida para encarar la situación, al plantear, correctamente, que «la crisis capitalista es un fenómeno de mercado mundial»<sup>45</sup>, lo hace brindando tributo a las teorizaciones del momento, que siguen girando alrededor de los problemas de la desproporcionalidad entre los sectores de la producción. Ello explica que, a partir de la temática de los esquemas de reproducción del capital, extraiga conclusiones neo-armonicistas: «En la producción capitalista puede suceder tranquilamente una reproducción tanto a escala simple como a escala ampliada ... resulta posible toda expansión de la producción que puede tener lugar con las fuerzas productivas existentes»<sup>46</sup>. No muy distintas son las conclusiones a que arriba Otto Bauer. Una vez establecidos una serie de supuestos restrictivos y a los cuales se atiene, Bauer construye sus esquemas, que se prolongan durante cuatro ciclos anuales, para refutar la posición luxemburguiana y afirmar que es posible la realización y acumulación del plusvalor sin necesidad de que las mercancías en las cuales éste se contiene sean «lanzadas fuera del mundo capitalista»<sup>47</sup>. Es en Bauer, justamente, en quien los problemas característicos de las crisis capitalistas, que él califica como de infraacumulación o de sobreacumulación, figuran como *fases periódicamente recurrentes, pero sólo transitorias del ciclo industrial*, ambas se eliminan «una y otra vez en virtud del mecanismo del modo de producción capitalista»<sup>48</sup>. En segundo lugar, Bauer hace objeto de crítica la caracterización

luxemburguiana del imperialismo, tomando como base justo el hecho de que no habrá derrumbe del sistema «a causa de la imposibilidad mecánica de realizar el plusvalor», una vez que se haya abarcado hasta el último punto del planeta por la vía de la expansión del capitalismo, por el contrario, el imperialismo es un medio para extender los límites de la acumulación y «facilitar la superación de las crisis que se originan periódicamente»<sup>49</sup>, y regularmente encuentran el punto en el que se efectúa de nueva cuenta «la tendencia a la adecuación de la acumulación del capital»<sup>50</sup>. Será Grossmann quien, al efectuar una prolongación de los cálculos de Bauer, sobre la base de los esquemas de reproducción, de cuatro hasta veinticinco años, logra «demostrar que la tendencia al derrumbe del sistema se abría paso aún en un esquema preparado cuidadosamente para deducir lo contrario».<sup>51</sup>

En el caso de Rosa Luxemburgo, su interpretación del derrumbe del sistema tiene que ser colocada en perspectiva de los problemas asociados a la «alternativa histórica», a la oposición entre «socialismo o barbarie»<sup>52</sup>. Por tal motivo, no puede ser debatida arguyendo el peso del determinismo o voluntarismo en la historia, sino más bien reconociendo el acierto que significa colocar la teoría del derrumbe del capitalismo en su conexión, por un lado, con la teorización sobre la crisis económica y, por el otro, en su importantísimo papel como «activante de la conciencia revolucionaria de las masas»<sup>53</sup>. Luxemburgo tendrá el mérito de conducir la discusión hacia el reconocimiento de «la eventualidad del fin del capitalismo»<sup>54</sup>, de apuntar al señalamiento de su historicidad. Su argumento puede ser reformulado en dirección de ubicar en el capitalismo no sólo la existencia de crisis cíclicas,

46 Ibid. pág. 286.

47 Otto Bauer. «La acumulación del capital» en Lucio Colletti. *El marxismo y el 'derrumbe' del capitalismo*, op. cit. pág. 356.

48 Ibid. pág. 360.

49 Ibid. pág. 363.

50 Ibid. pág. 360.

51 Lucio Colletti, *El marxismo y el 'derrumbe' ... op. cit.* pág. 336.

52 Véase nuestra opinión en *Globalización, totalidad e historia. Ensayos de interpretación crítica*, Buenos Aires, CEIICH — UNAM — Herramienta, 2003, Capítulo X. Rosa Luxemburgo: Teoría y práctica de la acción revolucionaria, págs. 247 - 258.

53 Giacomo Marramao. «Teoría del derrumbe y capitalismo organizado en las discusiones del «extremismo histórico»» en Korsch, Karl, et. al. *¿Derrumbe del capitalismo o*



**«La líder espartaquista rompe, desde posiciones más radicales, con la fracción socialdemócrata dominante, cerca de cuatro años antes de que lo hiciera el propio Lenin»**

periódicas o recurrentes (que manifiestan una regularidad sistémica, en cierto modo, un automatismo) sino también señalar que éstas se caracterizarían por una gravedad creciente que tendería, en algún momento, a conducir a un desmoronamiento del sistema. La necesidad histórica del socialismo queda afirmada, objetivamente, por la existencia del bloqueo definitivo de la acumulación capitalista una vez se hubiera agotado su entorno susceptible de colonizar, con ello se muestra en toda su crudeza la posibilidad de colapso de un sistema que presenta tales bases de funcionamiento. Sería injusto agotar el planteo luxemburguiano señalando, exclusivamente, su limitación geográfica o su filón subconsumista, sin dar cuenta de los alcances políticos a que sus planteos dan lugar.

24

Sin embargo, justo en este último ámbito se coloca la imputación que el radicalismo de izquierda le formula a la líder espartaquista. La cuestión del derrumbe no puede ser asumida en una dimensión fatalista o determinista que asegure una superación mecánica del sistema por la actuación de sus «condiciones objetivas» de existencia (si fuera así «la revolución vendría un día por necesidad natural»<sup>55</sup>: formulación que corresponde, como argumenta Pannekoek, a la vieja socialdemocracia). Ello explica el fuerte énfasis que el comunismo de los consejos, en su versión del radicalismo de izquierda holandés, está intentando colocar en su alegato respecto a la existencia de una tal «teoría del derrumbe en Marx» para, en su lugar, hacer residir en el sujeto revolucionario la posibilidad de activación de la fuerza motora que permita alcanzar el cambio histórico y, finalmente, el resquebrajamiento del sistema (posición muy coincidente con los juicios vertidos, en su momento, por Karl Korsch<sup>56</sup>). Dicha postura que resulta de confrontar los argumentos de Luxemburgo, Bauer y Grossmann, a propósito de los esquemas de reproducción, sostendrá que, si hay una teoría del derrumbe en Marx, la misma está dada en clave «voluntarista». La caída del sistema, en Pannekoek, será producto de una «acción política», ésta va a depender, en grado sumo, de

la voluntad de la clase obrera: «el socialismo viene no porque el capitalismo se derrumbe económicamente ...[sino porque]... se vuelve cada vez más insostenible para los obreros y los lanza a la lucha una y otra vez»<sup>57</sup>.

3. Del capitalismo organizado al capitalismo monopolista de estado: algo más que un extravío teórico.

Aunque hubo una corriente de interpretación historiográfica muy oficiosa de la Tercera Internacional (el *Komintern*), que planteaba la ruptura entre Lenin y la línea ortodoxa de la socialdemocracia conducida por Kautsky previa a 1914, lo cierto es que, anterior al estallido armado, Rosa Luxemburgo fue la única consecuente opositora de este último. Tan es así que la líder espartaquista rompe, desde posiciones más radicales, con la fracción socialdemócrata dominante, cerca de cuatro años antes de que lo hiciera el propio Lenin. El cisma que se está produciendo entre los grupos que actúan al interior del movimiento socialista encuentra sus causas, a final de cuentas, más en el peso de su colocación ante la guerra que en la importancia de sus divisiones teóricas (que, como hemos visto, las hay, y fuertes). En cada uno de los polos que se están constituyendo lo que se aprecia es un acercamiento de los «marxismos dominantes» (socialdemócrata y bolchevique) al campo del poder. En el primer caso, en los términos de su práctica política (ciñéndose a los intereses imperiales) y de sus connotaciones discursivas (aminorando su radicalidad); en el segundo, a través de su conversión en ideología estatal.

A partir de este período sobrevivirá con dificultades la posibilidad de que persista en el amplio conjunto de fuerzas que se mueven al interior del movimiento obrero y socialista «un cierto grado de radicalidad y por tanto de efectividad revolucionaria»<sup>58</sup>, lo hará dentro de ciertos «marxismos marginales» que acompañarán, como afirma Bolívar Echeverría, «en calidad de estorbos y desviaciones, la historia del Marxismo predominante»<sup>59</sup>. Será hasta después de la segunda y tercera década del

55 Anton Pannekoek. «La teoría del derrumbe del capitalismo» en Korsch, Karl, et. al. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Op. Cit. pág. 79.

56 Véase Karl Korsch «Fundamentos de una teoría revolucionaria de las crisis» en Korsch, Karl, et. al. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Op. Cit. págs. 107-123.

57 Anton Pannekoek. «La teoría del derrumbe del capitalismo» en Korsch, Karl, et. al. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Op. Cit. pág. 81.

58 Bolívar Echeverría. *El discurso crítico de Marx*, México, Era, 1986, pág. 15.

59 *Ibid.*

**«El imperialismo aparece definido, en la versión hilferdingiana - leninista, como la etapa monopolista del capitalismo. La confusión de estas teorías derivaba de «la identificación de la competencia con la <libre competencia>»**

siglo pasado cuando haya una auténtica ruptura epistemológica que se desarrolla, como es natural, por fuera y en discusión con ambas estructuras organizativas (la Internacional Socialista y la Komintern) y con otras perspectivas políticas y herramientas teórico-conceptuales (por ejemplo, a través de la recuperación del enfoque de la totalidad). Acude la razón a Hobsbawm cuando aprecia que «las elaboraciones más originales [del nuevo período que se abre] se verificaron al margen o directamente en el exterior de los movimientos marxistas»<sup>60</sup>. Tal es el caso de Lukács, Gramsci, Korsch, por no hablar ya de Bloch o Benjamin.

En el transcurso de la Gran Guerra, la Revolución de Octubre y los comienzos de la dictadura de Stalin, tras la muerte de Lenin en 1923, se está produciendo una dramática escisión (en el conjunto de fuerzas de la izquierda que se reclaman socialistas), entre los partidos que pretenden mantenerse fieles a la Internacional Socialista y aquellos que se comienzan a crear en el entorno de la Internacional Comunista (creada por Lenin en marzo de 1919). Es muy amplio, complejo y variado tal abanico de posiciones y se está lejos de poder constituir un polo de referencia alternativo. Tal fue el cometido que trató de cumplir el llamado austromarxismo, que manifiesta no tan sólo una profunda coincidencia con la socialdemocracia alemana en su oposición a la izquierda espartaquista. Puede afirmarse, además, que son precisamente sus miembros (en especial, Hilferding, Bauer y Renner), quienes otorgan a la socialdemocracia europea en su conjunto el nutrimento teórico para los debates sobre el «derrumbe del capitalismo», la probabilidad de la Revolución Alemana entre 1918 y 1920, las posibilidades de la república de Weimar, y la caracterización del capitalismo que emerge del período de entreguerras. Sin embargo, su significación no se reduce a ello, en términos de su política práctica destaca el hecho de que en

la Conferencia de Viena en 1921, los empeños austromarxistas dieron lugar a la creación de un grupo de trabajo al que Karl Radek<sup>61</sup> adjudicara el mote de «Internacional dos y media», la cual termina por incorporarse a la Segunda Internacional, a secas, para dar lugar a la Internacional Obrero Socialista en 1923, esta última agrupación política desaparece justo en las vísperas de la 2ª. Guerra Mundial (en el puesto directivo de la misma figurará, hasta su disolución, Friederich Adler, uno de los padres fundadores de la izquierda austríaca).

Es posible matizar en algo el juicio tan favorable que hace Hobsbawm del austromarxismo (la «expresión más creativa»,<sup>62</sup> según sus palabras, del marxismo no comunista), al apreciar en él «los intentos de analizar, en líneas generales, la nueva fase de desarrollo del capitalismo»<sup>63</sup>. Para ello, habría que considerar lo siguiente. En medio de las transformaciones económicas, políticas y sociales a que hemos hecho referencia se está produciendo, justamente en los dos frentes del «marxismo dominante» (socialistas y comunistas), todo un cambio de paradigma en la periodización del hecho capitalista que influyó los rumbos del debate entre las fuerzas de la izquierda, nos atrevemos a decir, durante todo el resto del siglo. La versión dominante de interpretación del desarrollo del capitalismo encumbró como nuevo paradigma la distinción de dos períodos. El capitalismo de libre competencia cedía su sitio a la fase caracterizada por una creciente concentración y centralización del capital y por el predominio de los monopolios<sup>64</sup>. Como un auténtico sello de época debe ser leída la afirmación de Joseph Schumpeter que citamos a continuación y que procede, justamente, de su artículo de 1928 en que perseguía el objetivo de averiguar si el sistema capitalista es «estable en sí mismo», o bien, muestra «alguna tendencia

61 Delegado de los Soviets ante los obreros revolucionarios alemanes.

62 Eric Hobsbawm. «Presentación» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo. Vol. 8. Op. Cit.*, pág. 19.

63 Eric Hobsbawm. «Presentación» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo. Vol. 8. Op. Cit.*, pág. 17.

64 Paul Baran y Paul Sweezy afirman, con razón, que a Rudolf Hilferding corresponde el mérito de ser el primero en «incorporar el monopolio en el cuerpo de la <<teoría económica marxista>>» Paul Baran y Paul Seezy. *El capital monopolista*, México, Siglo XXI. 1988, 10. Ed., pág. 10.

65 Joseph Schumpeter. «La inestabilidad del capitalismo» en Nathan Rosenberg (selección). *Economía del cambio tecnológico*, México, FCE, 1979, Colección Lecturas Núm. 31, pág. 14. Edición original en *Economic Journal*, 1928, pp. 361 - 386.

66 Elmar Altvater. «El capitalismo se organiza: el debate marxista desde la guerra mundial hasta la crisis de 1929» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo. Vol. 8 Op. Cit.*, pág. 532. Algo asimilar ocurre del otro lado del espectro. A la luz de cómo se están desarrollando los procesos de concentración y centralización, a ciertos capitales les resulta exigua su base nacional, y sus necesidades de acumulación les obligan a expandirse a una arena mayor, la de la economía mundial. En un contexto como éste se muestran aún mayores las aporías de análisis que postulan equilibrios mecánicos que ignoran la coacción, sea privada, social, o estatal; el contenido de la



**«La distinción entre los dos períodos (concurrencial y monopolista) revela un esquema de articulación entre una fase de carácter ascendente y otra de tonalidad descendente»**

hacia la auto-destrucción por causas económicas inherentes». Afirmar el economista austríaco: «podemos ... llamar al siglo XIX ...el tiempo del capitalismo *competitivo*, y a lo que ha seguido después, el tiempo del capitalismo crecientemente *monopolizado*, o de otro modo *organizado, regulado o administrado*». <sup>65</sup>

El imperialismo aparece definido, en la versión hilferdingniana - leninista, como la etapa monopolista del capitalismo. La confusión de estas teorías derivaba de «la identificación de la competencia con la «libre competencia»<sup>66</sup> cuando hubiese sido más enriquecedor el análisis si hubiera considerado el hecho de que «algunos capitales individuales ... podrían conseguir ... evitar la nivelación impuesta por la libre competencia al estar en situación de movilizar un contingente de poder tal que consiguiera derrotar a los competidores»<sup>67</sup>. Las nuevas organizaciones que se enfrentan en la competencia (cárteles, trust, holdings, etc.) consiguen de ese modo una mayor articulación entre economía y política, no sólo a través del monopolio, sino del poder que está en la base de éste.

Mientras el debate sobre el revisionismo y la huelga de masas pudo ser procesado en el foro común que el movimiento obrero se había dado en el marco de la Segunda Internacional, los debates sobre la caracterización del proceso de reestructuración que el capitalismo está experimentando, luego de la Gran Guerra, tendrán verificativo en un escenario escindido políticamente; que encubre, sin embargo, algunas coincidencias de carácter teórico. Por un lado, la socialdemocracia pone énfasis en cómo el capitalismo supera la competencia anárquica y busca no ser tan vulnerable ante la crisis, a través de procesos de regulación desde el Estado y de cambios en su propia estructura organizativa, por el otro, el frente comunista caracteriza a esta fase como de ingreso a «la crisis general del capitalismo», y al no ser posible la conquista pacífica de posiciones de poder (a diferencia de cómo

es sostenido por los socialdemócratas) se impone un modelo de transición al socialismo inspirado en la experiencia de la URSS (en un inicio, se generaliza la teoría del eslabón más débil y, posteriormente, la del socialismo en un solo país).

La distinción entre los dos períodos (concurrencial y monopolista) revela un esquema de articulación entre una fase de carácter ascendente y otra de tonalidad descendente. Los teóricos socialdemócratas (Hilferding, Bauer, Renner) ven, al calor de lo que ocurre en la efímera República de Weimar, cómo el capitalismo individualista es sustituido por un «capitalismo organizado». Una vez muerto Lenin, por el lado de los comunistas, Bujarin (el gran teórico de la Tercera Internacional, que posteriormente será víctima del terror staliniano y morirá en el aislamiento en una prisión de Lubianka en 1938), o en las versiones más recientes y vulgares de Eugene Varga o Paul Boccara, observan cómo se transforma el sistema desorganizado del capitalismo mercantil en una organización capitalista financiera («trust capitalista estatal»). De la tendencia constatada a una cada vez mayor monopolización, los primeros extraen la posibilidad de organización y estabilización, mientras los otros tratan de desprender de ella los indicios de estancamiento, decadencia y crisis. Tanto las teorías del «capitalismo organizado» como las del «capitalismo de Estado» o «monopolista de Estado» sostienen que «la concentración y centralización comportan cambios estructurales en el desarrollo capitalista»<sup>68</sup>. Tanto Bujarin como Hilferding a «este tipo de regulación del capitalismo ... le atribuyen un significado no coyuntural»<sup>69</sup>. Los dos dispositivos más eficientes para alcanzar dicho proceso de regulación y mediación, en ambos autores, serán el sistema bancario o financiero y el Estado. Sin embargo, sus análisis difieren en un aspecto muy importante: mientras en el caso de Hilferding en la fusión entre el capital bancario y el industrial hay una clara

hipótesis de las unidades y bienes homogéneos» (supra, pág. 26). No se necesita ser un radical, para descubrir como lo hace Perroux que «el equilibrio general del cambio puro en competencia perfecta es un caso muy especial ... en el que las relaciones de poder tendrían una estructura tal que su resultante podría ser despreciada ... describe una sociedad de agentes unánimes frente a los obstáculos y no una sociedad de adversarios, consciente o inconscientemente arbitrados». François Perroux. *La economía del siglo XX*. Barcelona, Ariel, 1964, pág. 28.

67 Elmar Altvater. «El capitalismo se organiza: el debate marxista desde la guerra mundial hasta la crisis de 1929» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo*. Vol. 8. *Op. Cit.*, pág. 536 - 537.

68 Elmar Altvater. «El capitalismo se organiza: el debate marxista desde la guerra mundial hasta la crisis de 1929» en Hobsbawm, Eric, et. al. (dirs) *Historia del Marxismo*. Vol. 8. *Op. Cit.*, pág. 529.

**«Ambas alternativas se revelaron sumamente ineficaces tanto como instrumentos de análisis como en su carácter de herramientas para la acción política»**

supremacía de las organizaciones e instituciones financieras, en Bujarin la fusión entre las clases dominantes (capital financiero y empresas públicas o industriales) y el Estado, constituye *una voluntad colectivamente organizada* que se expresa en el «aparato estatal»<sup>70</sup>, que como economía nacional compite en el plano internacional.

Si en el caso de Hilferding la competencia (la anarquía del capital) aparece como el elemento que provoca los desequilibrios y la vulnerabilidad del sistema, en su ulterior concepto de «capitalismo organizado», el «cártel general» adquiere la potencialidad de eliminar las crisis, de regular de una mejor forma el funcionamiento económico. En el caso de Bujarin, su concepción del «capitalismo de Estado» deviene de su propio concepto de economía mundial, la cual es definida como «un sistema de relaciones de producción y de relaciones de cambio correspondientes que abrazan la totalidad del mundo»<sup>71</sup>; ésta aparece como la arena de competencia de los «trust capitalistas de Estado».

Ambas alternativas se revelaron sumamente ineficaces tanto como instrumentos de análisis como en su carácter de herramientas para la acción política. Este conjunto de desarrollos teóricos (tanto de los austromarxistas como de aquellos avalados por la Internacional Comunista), centraron su interés en las cuestiones de la conformación de las estructuras monopólicas u oligopólicas; en la empresa en gran escala como la unidad económica típica;<sup>72</sup> en la separación entre propiedad y control; en la fijación de precios; y en el beneficio del monopolio. Su influencia en este plano llegó a ser tal que, en desarrollos posteriores, como en Baran y en Sweezy, llegó a sostenerse que mientras en la era de la libre competencia era válida la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio, bajo el capitalismo monopolista lo es la ley del excedente creciente.<sup>73</sup> Si esto se

sostenía desde las posiciones más radicales, no debe sorprender que, desde otras posiciones, la conclusión a la que se llegaba (a través de este tipo de análisis económico) fuera la de otorgar cada vez mayores concesiones al capital, producto de su inobjetable poder económico y político.

Desde el otro campo, el político, estos estudios preferentemente se concentraron en los instrumentos de planificación y racionalización (en el ámbito industrial, nacional o internacional), la creciente intervención y regulación de la vida económica por el Estado, los cambios en las relaciones de la clase trabajadora con éste (cuya escala de integración del contingente obrero a los mecanismos institucionales, iba madurando desde la aceptación del sufragio universal, masculino, desde luego, en sus inicios, hasta el derecho de huelga y el reconocimiento de los sindicatos como interlocutores contractuales, o la introducción de diversos mecanismos de salario indirecto y reformas de tipo social). Esta predominancia de lo político acarreó consecuencias severas que no se redujeron al ámbito teórico, presentes en la forma de encarar la supuesta autonomía relativa del Estado. Al centrar el problema en el dispositivo estatal sin contemplar en términos más amplios los problemas del poder, se llegó a privilegiar; para el plano internacional, una política realista de coexistencia pacífica y, en sus extremos, las formulaciones que el PCUS diseminaba en muchos países de la periferia a fin de construir el Frente Popular, como gran alianza política inter-clasista. Para el ámbito nacional, se llegó a plantear que el objetivo de la clase obrera «debería ser transformar una economía planificada y organizada por las grandes corporaciones en una economía planificada y controlada por el Estado democrático»<sup>74</sup>. Si atendemos a la postura de Rosenberg<sup>75</sup>, lo que se está colocando en el fondo del debate es la relación entre democracia y socialismo.

70 Ibid. pág. 313.

71 Nicolai Bujarin. *La economía mundial y el imperialismo*, México, Siglo XXI, 1976. Colección Pasado y presente Núm. 21, pág. 42.

72 Véase Paul Baran y Paul Seezy. *El capital monopolista*, Op. Cit., pág. 10.

73 A nuestro juicio, la cuestión no se reduce a una superación diacrónica en la que ya no rige la ley de la tendencia a caer de la tasa de ganancia, sino a la forma sincrónica en la que ésta operaría, en contextos en donde el problema reside en el excedente potencial, en su absorción y en el despilfarro del mismo. Véase Paul Baran y Paul Seezy. *El capital monopolista*, Op. Cit., en especial, Capítulo 3 y 4, págs. 47 - 92.

74 Tom Bottomore. «Capitalismo organizado» en T. B. Bottomore, et. al. *Diccionario del pensamiento marxista*, Op. Cit., pág. 116.



**«Una vez reducido el programa socialista, no puede extrañar que, desde ambos frentes, socialdemócrata y comunista, se arribara a la sobre simplificación de «la idea de la <transición> como utilización del Estado»**

Una vez reducido el programa socialista a lo anteriormente señalado para el plano nacional e internacional, no puede extrañar que, desde ambos frentes, socialdemócrata y comunista, se arribara a la sobre simplificación de «la idea de la «transición» como utilización del Estado»<sup>76</sup>.

El acercamiento conceptual y pragmático desde un supuesto salto cualitativo al predominio de los monopolios caracterizado, de un lado, como «capitalismo organizado» y, del otro, como «capitalismo monopólico», de tipo privado o estatal, según su grado de desarrollo, manifiesta el intento, fallido según hemos argumentado, de apropiación de las modificaciones objetivas operadas en el sistema; en ambos campos, el de la organización de la producción y el de la producción organizada.

**2 8** Tales transformaciones objetivas están ocurriendo, en el terreno de la organización de la producción y la extracción de plusvalor (involucrando con ello, no sólo al monopolio, sino más importante aún, las cuestiones de las innovaciones técnicas, científicas y administrativas, como cuestiones de poder), y en la organización y mediación de los procesos de producción y re-producción, en las esferas de la distribución, el cambio y el consumo (esto es, incluyen los temas de la apropiación y transferencia del

excedente por vías locales, regionales o estatales, legales o ilegales, formales o informales, a través de la combinación de los dispositivos de la mano invisible del mercado y la mano visible del Estado). Las consecuencias de dichos desarrollos no se limitan a alterar en cierta forma la dinámica del ciclo y la reproducción del capital (en términos del «modo de producción») están ocurriendo en medio de estructuraciones que, como procesos maduros, abarcan ya, la geografía del sistema-mundo en su conjunto, y no los límites fijados por el mercado interno o la economía nacional. Tanto un elemento como el otro actúan en la interdefinición recíproca de cada uno de los ámbitos, y en las combinaciones más eficaces se tratan de desarrollar; desde el lado del capital, su capacidad adaptativa, regulativa, y desde el trabajo, su capacidad emancipativa. Por ello, ocurren de modo simultáneo en la interdefinición de cada uno de los polos que intervienen en la confrontación de clase: a) polaridad entre capital y trabajo, en cuanto modo de producción o estructura, prescindiendo o haciendo abstracción de ciertas circunstancias del sistema; b) polaridad entre centro y periferia, en cuanto capitalismo mundial, en medio del despliegue complejo y concreto de la estructuración dinámica del sistema.

---

<sup>76</sup> Giacomo Marramao. *Poder y secularización*, Barcelona, Península, 1989, pág. 198.